

© Mariët Meester (1994)

El canto de la cabra

(De: **El canto de la cabra**. Una tragedia contemporánea, novela)

Traducción: Ana Crespo

Yolan está sentada frente a su amigo Jo que lleva más de un mes sin hablar. ¿Es Jo una persona, un animal o una imagen? En un esfuerzo por despertarle a la vida, Yolan le cuenta su historia en común. Cuando ella tenía dieciocho años viajó siguiéndole desde los Países Bajos hasta Francia, donde él vivía con un rebaño de animales a los que en consecuencia llama ahora “tatas” o “mujeres”. Era un mundo que a ella le resultaba del todo extraño.

(...)—En el invierno —le dice a Jo—, tenía que trajinar todo el día con las botas de goma del vertedero de basuras que tú habías arreglado con pegamento y dos trozos de la cámara de una rueda. Todos los días me ponía los mismos pantalones y a cada paso, la bota de un lado llenaba de barro la pernera contraria del pantalón. Me sucedió una vez que las botas se quedaron tan metidas en el estiércol que las dejé atrás y yo seguí andando hasta que me desplomé de bruces. Mi ropa había sido siempre el medio más importante para expresarme, pero ahora me servía únicamente para protegerme del frío. Todo lo que me ponía se ensuciaba y se manchaba; si no tenía cuidado, dentro de poco yo también dejaría de tener forma. En ningún lugar de la naturaleza conseguía encontrar delimitaciones rectas o superficies planas. Bajo mis pies, la arena se convertía lentamente en hierba, las paredes que surgían de ella estaban cubiertas de musgo y su línea superior había comenzado a ondularse con el paso de los años e incluso dentro, en la cocina, las puertas tenían tendencia a hundirse ladeándose y las vigas empezaban a agrietarse cada vez más.

Empecé a buscar una válvula de escape, no me bastaba el diario que había empezado a escribir. Si hubiera tenido pintura, pinceles y un lienzo, quizás me habría puesto a pintar, pero era imposible conseguir buenos materiales, no tenía dinero para comprarlos y además tendría que hacer autoestop a la única población de los alrededores, que sólo contaba cinco mil habitantes de los que sin duda ni uno solo pintaba. Por todo ello, me centré en las riquezas del vertedero, pero el inconveniente estribaba en que una y otra vez debía esperar a encontrar algo adecuado. Si una cosa me seducía, no podía contar con que al día siguiente volvería a encontrarla de nuevo.

Y fue así como empecé a recoger cagarutas en el establo. Al igual que un nogal que pudiera sacudir durante todo el año, un vaso del que poder beber ilimitadamente, así eran mis reservas, pues todos los días tenía un cargamento listo para ser recogido. Me horroriza el solo pensamiento de hacerlo con los excrementos de otra especie animal, a no ser que fueran también rumiantes, pero para mí, en este lugar se encontraban las formas que más se asemejaban a aquellas hechas por el ser humano.

—¿Qué vas a hacer con ellas? —preguntaste de inmediato, con cierto recelo. Bueno, la verdad es que no podía darte una respuesta clara. Si hubiera dicho que iba a desmenuzarlas y luego a comerlas, es probable que te hubieras contentado. Simplemente sentía la necesidad de entretenerme en algo, de crear algo con que poder

transformar esos procesos naturales que me ponían en bandeja. De otro modo, me dominaría el ambiente en el que me había visto envuelta.

Nunca nos habíamos peleado y pensábamos, creo también, que nunca nos sucedería, pero precisamente cuando a modo de experimento empecé a cocinar un puñado de cagarrutas en un cazo en la cocina, diste un respingo repentino de tu silla y aseguraste que me estaba comportando de forma ridícula. ¿Pero para qué queríamos un cazo de mierda cocida? Me arrancaste furioso el mango de las manos, abriste la ventana y lo tiraste todo fuera. Lo que tenía que hacer era ponerme a cocinar en serio de una vez, gritaste enfadado, en vez de dejártelo a ti todos los días. Cocinar comida era mucho más útil que cocinar caca. O quizá pudiera cultivar una huerta, así podría aprovechar toda esa energía sobrante y además nos vendría bien, porque esa verdura de la tienda del pueblo era carísima.

—¡Pero si no sé nada de huertas! —grité indignada—. Y tampoco quiero saber nada en absoluto—. Hacía tiempo que había decidido que en cualquier caso no podía seguir así, que las cagarrutas cocidas no son interesantes y que lo que quería conseguir era conservar la forma de las cosas en vez de perderla. Pero cultivar una huerta me atraía aún menos.

—¡Que otros que saben hacerlo mucho mejor que yo me cultiven la comida! Si tuviera dinero suficiente, no me importaría lo que tuviera pagar.

—¡Qué decadente! —fue tu respuesta despectiva.

—¡La culpa de todo la tiene tu madre! —dije entonces por decir algo, mientras salía a buscar el cazo. Durante las salidas diarias con las “mujeres”, me habías ido dando poco a poco una imagen de tu juventud, una historia llena de chaquetas azules, de paseos los domingos, de «¿qué va a decir la gente?» y una y otra vez ese afán tuyo de liberarte, de huir, de admitir tu verdadera naturaleza. De vez en cuando surgía en tu historia un viaje secreto en patinete, una batería hecha con barreños y cazuelas o una olla llena de pilas de patatas. Pero con mucha autodisciplina y un gran sentido de la responsabilidad, habías podido reprimir la mayoría de las veces ese tipo de impulsos. Incluso habías prescindido conscientemente de la pubertad. Es decir, en casa, en el piso, habías prescindido de ella, en el colegio emergió con fuerza redoblada.

Encontré el cazo y saqué la masa mojada de entre las briznas de hierba. Como pude, volví a meter la mayor parte de la papilla en el cazo. Mientras regresaba a la cocina con los restos que había podido salvar, te vi en jarras delante de la ventana abierta.

—Me niego a complacer a nadie, sea quien sea —te increpé—, lo único que quiero es experimentar todo lo que pueda, quiero investigar. Tú siempre estás complaciendo, preocupándote y ocupándote, ordenando y bregando; así te han educado, está tan arraigado en tí que aunque estuvieras a novecientos kilómetros de ella, no podrías evitarlo.

—No tengo absolutamente nada que ver con mi madre —gritaste fuera de tus casillas—. Y además tú siempre estás protestando porque mi ropa no está limpia, igual que hacía ella.

—Si no tienes nada que ver con tu madre —respondí chillando—, ¿por qué te cuesta tanto llamarla una vez?, ¿por qué sigues aplazándolo?

—. Volví a entrar en la cocina desafiante, con el cazo por delante—. ¡Venga, dime por qué! Llevo meses intentando que lo hagas y no te da la gana. Esa pobre mujer debe estar terriblemente angustiada.

A esto no respondiste. Saliste con la cabeza agachada, desapareciendo por delante de mí. Te seguí, asustada por mis propias palabras.

—Lo siento Jo —te dije con humildad—. No lo decía en serio.

Te diste la vuelta murmurando que tú también lo sentías, tú tampoco hablabas en serio. Me dijiste que hiciera lo que creyera más conveniente.

Para celebrar la reconciliación, fuimos al vertedero porque allí siempre nos sentíamos los dos como en casa. Los objetos que había allí podían ser a la vez útiles y estéticos. Te animaste al ver un batidor oxidado con dos ruedecitas que lo hacían funcionar. A mí me llamó la atención una cuba ovalada de esmalte.

A la vuelta nos detuvimos en la única cabina del pueblo. Metiste en la ranura la moneda especial que siempre utilizaba para llamar a mis padres, pero el truco falló por primera vez: el hilo de coser del que colgaba la moneda se rompió. Todo lo que intentamos no consiguió desbloquear la ranura. De momento no tenías que seguir intentándolo.

Al día siguiente volví a recoger cagarrutas frescas en el establo. Las “chicas”, que murmuraban a mi alrededor, me daban cabezadas tranquilizadoras e intentaban meter su hocico impertinente en mi bolsa de plástico porque querían saber qué contenía. Me gustaban sus cuerpos macizos, el olor a heno y a paja, el sonido repiqueteante que hacían los conguitos marrón oscuro al salir disparados por las aberturas que prefería no ver. Aún estaban calientes cuando los recogía; tenía que controlarme para no meterme de vez en cuando alguno en la boca. Sólo me interesaban los ejemplares más duros: la consistencia y el olor dependían de la salud de la fabricante. Si ésta no se sentía bien del todo, podía producir formas que variaban desde una sarta de bolitas pegadas, a un grumo en el que no se distinguía bolita alguna. Si se trataba de una papilla líquida o incluso pastosa, era que estaba gravemente enferma . (...)

Treinta páginas más adelante en el libro, Yolan recuerda cómo siguió intentando entender y doblegar a la naturaleza en Francia.

(...) Me dirigí a la tienda de ultramarinos —*le dice a Jo que sigue sin hablar*—, porque pensé que podía hacer pequeñas bolitas de arcilla, cocerlas o dejarlas secar y pintarlas entonces de marrón para que no se pudieran distinguir del estiércol. Desgraciadamente resultó que no vendían ningún tipo de arcilla, lo único que pude conseguir fue una bolsa de papel con unos terrones polvorientos de color verde grisáceo que tenía que rociar con agua y que absorberían el líquido haciendo un sonido burbujeante. Me explicaron que se utilizaba mucho como remedio terapéutico y podía untármelo en la cara como una mascarilla. Lo probé nada más llegar a casa. La capa cremosa se endureció como una coraza, era como si me hubiese convertido en alguien cuyos huesos estuvieran en el exterior. Me sentí como una nuez, una tortuga, una ostra. Los ojos se me abrieron con fuerza como platos y sólo pude volver a hablar o reírme tras quitarme la pasta de la cara con mucha agua.

Con una paciencia infinita, conseguí dar forma a ese barro y hacer unas artísticas cagarrutas. Apenas se las podía distinguir de las verdaderas. A algunas les daba un toquecito aquí y allá. En realidad lo único que no cuadraba era el peso: éstas pesaban mucho más. En una hora hacía aproximadamente tantas como una “mujer” pueda fabricar en diez segundos. Me gustaría hablar alguna vez con alguien que entendiera lo que hacía, a ser posible, con un artista. Hasta que llegara ese momento, seguí creando cagarrutas y llevaba ya unos días haciéndolo cuando me viniste a buscar para que te ayudara en el establo. Habías encontrado a Jane, me explicaste abatido, con la panza enormemente hinchada y las patas tías como palos hacia arriba.

—¿No estará muerta? —pregunté con los ojos de par en par.

—Sí, muerta. Jane está muerta.

Tenía que ayudarte a levantarla para meterla en la carretilla, dijiste, de forma que pudieras ponerla fuera de la verja hasta que el servicio de recogida viniera a llevársela. Era demasiado grande para enterrarla.

Te seguí al establo. Sabía que Jane era vieja y a pesar de todo tuve que apartar la vista cuando le tiraba de la cabeza y de los cuernos mientras tú levantabas la parte trasera del pesado cuerpo. La llevaste en la carretilla a la calle y por enésima vez chirrió la desvencijada verja. Escapé corriendo a la casa grande y me lavé las manos. Después me fui a mi habitación y eché el cerrojo. Estuve quizás una hora dando vueltas al barro con un palo en un recipiente escuchando los sonidos burbujeantes que tan familiares me resultaban. Acerqué la nariz y aspiré el viejo aroma polvoriento: eso me consolaba. Mientras permanecía inclinada hacia delante, te oí subir la escalera. Intentaste abrir la puerta del taller empujándola y al no conseguirlo, llamaste discretamente.

—Yolan, ¿estás ahí? —oí, y tu voz sonó tan insegura que pude deducir que ocurría algo otra vez.

—¿Qué pasa?

—Hay otra muerta —dijiste en voz baja y cuando te dejé entrar sin decir nada, apenas te atreviste a mirarme—. Es Marlene.

Nos dejamos caer abatidos en la cama. Aún tenía el recipiente con arcilla en las manos y lo levanté hasta la nariz.

—Ya no sé qué hacer —dije desmoralizada—. Ya no lo soporto. No lo entiendo y no lo quiero.

Marlene era un bebé de seis meses. Volvía a acercarse la época del apareamiento, dentro de poco se estarían haciendo nuevos muertos.

Intenté suspirar. El aire salió a trompicones.

—Si no estuviera en esta habitación tan arriba, podrías traerla tú en la carretilla. Esto me destroza, tengo que hacer algo al respecto. Sólo puedo entender algo tan sin sentido si lo plasmo en imágenes.

—Creo que podría levantarla.

—¿Sí? ¿Podrías ir a buscarla? Quizás deberías ponerte primero un trapo viejo en los brazos.

—No Yolan —contestaste y por un momento nos quedamos en silencio—. No voy a cogerla en brazos porque ya está muerta. La voy a levantar por las patas, dos en cada mano.

Desapareciste escalera abajo y dejé el recipiente con la arcilla en el escritorio. Por suerte tenía guardados unos plásticos viejos. Los extendí en una parte del taller sobre el suelo de tablas.

Trajo al bebé como a una res. También su cuerpo estaba hinchado como el de Jane. Podría tener gusanos, quizás tuviera la tripa hinchada llena de un montón de gusanos. En cualquier caso, olía, aunque quizás exagerara al decir que apestaba. Era más bien como si hubiera entrado alguien en la habitación al que le oliera el aliento.

Colocaste a Marlene de lado en el plástico, cerca de la ventana de la parte delantera de la casa, en una de las dos pequeñas torres. No parecía en absoluto que estuviera muerta, creí que quizás sólo dormía, pero me dijiste que eso era porque estaba cubierta de pelo, las “tatas” muertas nunca tenían el aspecto de una funda vacía. Inmediatamente vimos dos garrapatas de color naranja oscuro por encima de ella que tú atrapaste con un movimiento rápido, aplastándolas entre las uñas. Saltó la sangre. Poco después vi otros insectos pequeños moverse por el suelo. Me entró un picor por todas partes, en la nariz, en la cabeza, y también tuve que rascarme las piernas.

Miramos a la muerta y no hablamos. Yo estaba nerviosa. Cogí temblando mi recipiente de arcilla del escritorio y saqué un poquito con los dedos. Después me agaché y unté el

barro en la cabeza de la muerta. Protestaste un poco, pero después de hacerte un gesto autoritario, me dejaste hacer. Una vez que hubieron desaparecido los ojos medio abiertos bajo una capa verde, me tranquilicé un poco. Ahora ya casi no era una mujer joven, sino una cosa. Después de los ojos, cubrí la cabeza entera y las dos orejas de las que una estaba roja de la sangre. A continuación desapareció el cuello y después el tronco entero bajo una capa de arcilla. Surgió una forma preciosa, casi abstracta, un objeto tan fielmente modelado que parecía resucitar.

—Túmbate a su lado —te dije con brusquedad—. Aquí, con tu cabeza al lado de la suya.

—¿Tienes alguna razón en especial?

—Sí.

Dudaste.

—Por favor, Jo. Hazlo por mí.

Te tumbaste en el plástico con la cabeza a una distancia prudencial de la forma mojada.

—No te asustes, también contigo voy a hacer algo.

Con una entrega absoluta dejaste también que cubriera de arcilla tu cabeza, incluso te extendí una fina capa en los párpados. En la boca, en las orejas, de todas tus aberturas sólo dejé libres las fosas nasales. Te estabas muy quieto, “recogido”, pensé para mí y así permaneciste cuando eché un poco hacia adelante la imagen más pequeña y le levanté la cabeza para poder colocar con cuidado su hocico en tu frente de barro. Después unté tu pelo largo. Tomó consistencia y pude utilizarlo entonces para rellenar el espacio libre entre tu nuca y su pecho. Me habría gustado cubrirte el cuerpo entero, por encima de la ropa si hubiera hecho falta, pero casi se me había acabado la arcilla, no había suficiente en el recipiente para poder continuar. Por eso cerré el ojo derecho y sostuve mi mano con los dedos extendidos entre mí misma y el objeto de dos cabezas para tapar la parte vestida de tu cuerpo y así hacerme la idea de que te había momificado desde la cabeza hasta la cola. Ya no se podía ver dónde empezaba el hombre y dónde acababa el animal. Por fin tenía poder sobre la vida y la muerte, ya no había diferencia entre lo que aún respiraba y aquello cuyo corazón había dejado de latir. En qué fase se encontraba cada uno de vosotros dos era algo que no estaba claro. Tú podrías haber muerto, a ella le había insuflado nueva vida. Los dos estabais hechos de la misma materia prima, los dos os hallabais entre la imagen y el organismo. ¡Cómo me gustaría recostarme con vosotros, fundirme bajo esa capa de barro confortante con el hombre, el animal y la muerte! (...)